

De pronto, en medio de la noche, se percibe el paso de un caballo que llega al galope, y luego algunas exclamaciones, entre las que se mezcla el nombre de Ney.

—¿Ney?—grita Napoleón.—¿Quién me trae nuevas de Ney?

Conducen ante el emperador á un joven cubierto con los harapos de un uniforme azul bordado de plata.

Napoleón reconoce un oficial ordenanza de Eugenio.

—¡Ah! ¿Sois vos el señor Pablo Richard?—dijo Napoleón.

—No, señor; soy Luis Richard... ¡Mi hermano Pablo ha muerto! Pero el mariscal vive, señor.

—¿Dónde está?

—A tres leguas de aquí; pide socorros.

—¡Davoust! ¡Eugenio! ¡A socorrer á Ney! ¡Venid, mis mariscales! Hay noticias de Ney... Todas nuestras pérdidas son reparables: ¡Ney es salvo!

Eugenio entró el primero.

—Una cruz de la legión de honor para este mensajero de buenas nuevas, Eugenio.

—Esta es la de mi hermano, señor,—dijo el joven, sacando del pecho la cruz, que había arrancado, después de muerto, del traje de Pablo.

—¡Ah! ¿Sois vos, mi valiente Luis?—dijo Eugenio.—La noticia es buena; ¡pero el mensajero la hace mejor todavía!

—Señor,—dijo entrando Mortier,—aquí estoy, dispuesto á partir.

—Y yo también,—dijo Eugenio.

—Yo soy más antiguo que el príncipe,—dijo Mortier.

—Señor,—repitió Eugenio,—yo soy rey: yo reclamo la prerrogativa de mi rango; nadie dará antes que yo la mano á Ney.

Mortier dió un paso atrás.

—Dame la mano,—le dijo el emperador.

Mortier tomó la mano de Napoleón y la besó con un suspiro.

—Yo te haré rey un día, Mortier; y entonces tú también dirás: «¡Quiero!».

Dos horas después, Napoleón veía entrar á Ney en su cuarto y le tendía los brazos exclamando:

—¡He salvado mis águilas, puesto que estás vivo, mi valiente Ney!

Luego, á los que le miraban y le rodeaban:

—Señores,—dijo,—yo hubiera dado trescientos millo-
nes, hace tres horas, por este minuto de alegría que Dios
acaba de darme por nada!

XVII

La vuelta

Hace tres años, casi día por día, que en el comienzo de estas escenas militares hemos introducido al lector en el gabinete particular de Napoleón en las Tullerías; rogá-
mosle que nos espere entre la triste y silenciosa obscuridad de los palacios sin sus dueños; nos hallamos á 18 de diciembre de 1812: no permanecerá mucho tiempo entre tinieblas y quietud.

En efecto: en aquel momento, una mala silla de posta se detiene ante el portillo de las Tullerías, frente á la calle de la Escala, y durante diez minutos llama inútilmente.

Por fin, el conserje, despertado por los soldados de guardia, más bien que por los porrazos dados á la puerta, se decide á informarse de las causas del ruido, y se queda estupefacto á la vista del mameluco Roustan, vestido con su uniforme egipcio, y que á través de la verja le grita con impaciencia:

—¡Despachad! ¡Es el emperador!

El conserje se lanza á la puerta, que gira inmediatamente sobre sus goznes; el coche pasa por el portillo, corta diagonalmente el patio, y va á detenerse ante el vestíbulo.

Dos hombres, uno de alta, el otro de mediana estatura, envueltos en abrigo de pieles, bajan de la silla de posta, y suben rápidamente las escaleras.

El mameluco Roustan les precede, diciendo sólo:

—¡El emperador! ¡el emperador! ¡el emperador!

Un camarero llegado al propio tiempo que el ilustre viajero, toma un candelabro de uno de sus camaradas que se presenta al ruido, y se encamina en derechura al gabinete de Napoleón.

Ya sabe que el sueño no es más que la segunda necesidad de aquel hombre de hierro á quien obedece.

El emperador atraviesa el gabinete donde, tres años antes, se detuvo á dormir un instante; donde la pobre Josefina, ligera como una sombra, se acercó á él y, dulce como un plácido sueño, rozó apenas su frente con un beso.

Esta vez no se detiene, no se duerme; pasa, diciendo con voz seca:

—¡El archicanciller!

Pide otra vez por Cambacérès; pero pide únicamente por él.

Y después penetra, seguido por el hombre de alta estatura, en el corredor que conduce á las habitaciones de la emperatriz.

La emperatriz iba á acostarse, triste y afligida; acaba de despedir á su camarera la señora Durand, y se metía en cama, cuando la camarera, que también iba á acostarse en el cuarto contiguo al de la emperatriz, oye pasos en el salón, abre la puerta y exhala un grito al ver entrar á dos hombres.

Luego, no comprendiendo cómo dos hombres han podido penetrar hasta allí en hora semejante, intranquila respecto á las intenciones de aquellos misteriosos personajes envueltos en sus capotes como conspiradores, se lanza á defender el cuarto de la emperatriz, cuando uno de aquellos hombres, echando el capote sobre una butaca, descubre los rasgos de Napoleón.

—¡El emperador!—exclama la camarera.—¡El emperador!

Y se separa respetuosamente.

El emperador, entonces, hace signo á su compañero de que le espere, y pasa al otro cuarto, diciendo:

—Soy yo, Luisa, soy yo.

Porque la emperatriz no es ya la simpática criolla de flexible talle á pesar de sus cuarenta años, de encantadora sonrisa, de tez mate, de ojos y pelo negro, genio benéfico que sólo ha recibido una corona y que ha devuelto una aureola; ya no es la muy amada, la popular Josefina; la emperatriz es una mujer de veintitrés años, rubia, regordeta, fría, de ojos azules á flor de cabeza, de tez blanca y sonrosada, con el labio inferior saliente; es la hija de Francisco II, la sobrina de María Antonieta, que ha hecho á Napoleón sobrino de Luis XVI; es la antipática é impopular María Luisa.

¿Por qué Napoleón esperaba á la otra? ¿Por qué iba á buscar á aquélla? Misterios del corazón humano, inexplicables para todos, pero que son iguales en el emperador y en el último de sus súbditos.

—¡El emperador!—exclamó María Luisa sorprendida.

«¡Bonaparte!», hubiera exclamado Josefina con alegría.

Tenía razón la rubia hija de Arminio, la descendiente de los Césares de labios colgantes: no era ya Bonaparte; era el emperador.

¿Cómo había franqueado la distancia que de Orcha —donde le hemos dejado y donde acababa de encontrar á Ney— le separaba de París?

Vamos á decirlo en dos palabras.

En una corta parada que hizo el emperador en Korytnia, había llegado hasta él un correo de Francia. Aquel correo era portador de una carta del conde Frochot; el emperador, que no había palidecido desde Moscou, palideció al leer aquella carta.

Luego tomó una pluma, acercó papel, y escribió una larga respuesta; pero temiendo, sin duda, que su mensajero fuese sorprendido por los rusos, rasgó lo que había escrito, y en Orcha quemó, con otros papeles, la carta del conde Frochot, que nadie vió y cuyo contenido nadie supo jamás; después, la impresión que le causó aquella lectura, sin extinguirse en su espíritu, se fué borrando poco á poco de su semblante, que al cabo de algunas horas quedó tan impasible como de costumbre.

Napoleón había decidido que la retirada se operaría por Borisof, y el lector recordará que había enviado á Eblé para lanzar algunos puentes sobre el Beresina.

El 22 de noviembre se pusieron en camino por una ancha carretera bordeada de abedules tristes y deshojados; pisaban fango líquido en el que se hundían hasta las rodillas. ¡Cosa increíble! ¡Muchos estaban tan débiles, que se caían en el fango y, por no poder levantarse, se anegaban en él!

En el transcurso del camino iban llegando nuevas terribles.

Por la tarde divisaron á un oficial francés que corría á brida suelta, preguntando por el emperador.

El emperador, para dar valor á los demás, iba á pie como el último de sus soldados, con un bastón en la mano.

Mostraron el emperador al oficial.

Mensajero de mala noticia, venía á participar que Borisof había caído en poder de Tchitchakoff.

El emperador escuchó impasible; pero cuando el relato hubo terminado, golpeó el suelo con el bastón, exclamando:

—¿Está, pues, escrito allá arriba, que todo se volverá contra nosotros?

Entonces, Napoleón se detuvo; mandando que fuesen incendiados todos los carruajes inútiles y la mitad de los furgones para dar los caballos á la artillería; que se apoderasen de todas las bestias de tiro y hasta de sus propios caballos antes que dejar en poder de los rusos un solo cañón ó un solo furgón.

Después, dando el ejemplo, se aventuró en el obscuro é inmenso bosque de Minsk. Doce ó quince mil hombres penetraron con él, sombríos y silenciosos, y, poco á poco, la sombra del grande ejército se perdió á través de los árboles.

Todos seguían á Napoleón como los hebreos fugitivos seguían la columna de fuego; por otra parte, aquellos hombres, aquellos espectros no se asustaban del enemigo, sino del invierno. ¡Los rusos! ¿Qué valían? Estaban acostumbrados á pasar á través de sus escuadrones; pero el frío, la nieve, las heladas, el hambre, la sed, el fango, ¡eso sí que eran obstáculos!

Llegaron al Beresina, y pasaron á pesar de los rusos. El monstruo que tomó al ejército por los pies, y que le atrajo; el abismo que devoró una parte, fué el río: allí dejamos doce mil hombres —pues habíamos alcanzado los cuerpos de ejército de Víctor y de Oudinot—, pero pasamos.

El 29, el emperador dejó las orillas de la corriente fatal.

Tres ríos atajaron su camino de un modo terrible, en tres épocas diferentes: el Danubio en Essling, el Beresina en Borisof y el Elster en Leipzig.

El 30 de noviembre, se hallaba en Pleszczenitz; el 4 de diciembre, en Bienitz; el 5, en Smorgony.

Allí reunió á todos sus mariscales, dió á cada uno la parte de elogios que le correspondía, y á sí mismo, su jefe, su parte de reprensión, añadiendo, sin embargo, estas palabras:

—Si yo fuese un Borbón, me hubiera sido fácil no cometer ni una falta.

Y después de haberles hecho leer por Eugenio el vigésimo noveno boletín, les anunció oficialmente su despedida.

Esa despedida debía tener lugar aquella misma noche; su presencia era indispensable en París; desde París únicamente podía socorrer al ejército, contener á los austriacos y prusianos, y organizarse de modo que se reunieran, tres meses después, con quinientos mil hombres en las orillas del Vístula.

En cuanto al mando supremo, lo dejaba al rey de Nápoles.

Serían las diez de la noche; el emperador se levantó, abrazó á sus lugartenientes y partió.

Metióse en un mal carruaje con Caulaincourt y el intérprete Vonsovitch; detrás de él, en un trineo, seguían Lobau y Duroc; por todo ejército llevaba consigo á Roustand y á un lacayo.

Lo primero que hizo fué pasar por Miedniky, donde el duque de Bassano le tranquilizó acerca los aprovisionamientos; las raciones de pan, carne, aguardiente y forraje se guardaban por cientos de millares, y el ejército podía detenerse allí por ocho días.

De Kovno y de Vilkovisky, en donde tomó un trineo, expidió correos en tanto mudaba de caballos. En Varsovia, donde se detuvo, conversó con los ministros polacos, pidiéndoles una leva de diez mil hombres, concediéndoles algunos subsidios y prometiéndoles volver al frente de trescientos mil, y continuó su camino. En Dresde vino al rey de Sajonia, y escribió al emperador de Austria; luego dictó al señor de Saint-Aignan, su ministro en Weimar —que se hallaba accidentalmente en la capital de Sajonia—, cartas para todos sus colegas de la confederación del Rhin y para los principales comandantes militares de Alemania.

Allí dejó su trineo, y el señor de Saint-Aignan le dió uno de sus coches.

En fin, el 18, á las once de la noche, se hallaba en las Tullerías, como hemos visto.

De Moscou á Smorgony había sido un Jenofonte, dirigiendo su famosa retirada; de Smorgony á la frontera francesa, había sido Ricardo Corazón de León al volver de Palestina, al que cualquier duque de Austria podía detener y encerrar en una prisión; en París, en las Tullerías, volvía á sentirse, momentáneamente al menos, el dueño de Europa.

Le hemos visto entrar, atravesar su gabinete y lanzarse á la habitación de María Luisa. Estaba en ella todavía cuando le avisaron que Cambacérés aguardaba sus órdenes.

Al pasar otra vez por el salón, halló á Caulaincourt que se había dormido esperándolo: sólo él podía prescindir del sueño.

—¡Oh! ¿Sois vos, señor?—exclamó el archicanciller.

—Sí, mi querido Cambacérés,—respondió Napoleón;—

llego como hace catorce años de Egipto, casi fugitivo, después de intentar la India por el norte, como la había intentado por el oriente.

Pero lo que no decía Napoleón es que, al regresar de Egipto, estaba en la aurora de su fortuna, y que, á su regreso de Rusia, su destino presentábase glacial y sombrío como la región que abandonaba.

Cambacérés esperó; sabía que en aquella circunstancia Napoleón tenía muchas cosas que decir; tenía necesidad de hablar.

Napoleón se paseó un instante, con las manos á la espalda; luego, de pronto, deteniéndose y dirigiéndose á Cambacérés, como si éste hubiese podido seguir el curso de sus ideas, del mismo modo que un viajero asomado al borde de un río sigue el curso del agua:

—La guerra que sostengo,—exclamó,—es una guerra política; la he hecho sin animosidad; hubiera querido ahorrar á la Rusia los males que ella misma se ha hecho... Hubiera podido armar contra ella la mayor parte de su población, proclamando la libertad de los esclavos; pero me he negado á esa medida, que hubiera ocasionado la muerte y los más horribles suplicios á millares de familias.

Y como si respondiera siempre á sus ideas, que le conducían desde las lagunas del Beresina á París, en una carrera más rápida que el trineo de Vilkovisky:

—Francia debe á la ideología,—prosiguió,—las desgracias de que ha sido víctima. Sus errores debían conducirla, y la han conducido, efectivamente, al régimen de los hombres de sangre, que han proclamado el principio de la insurrección como un deber, que han adulado al pueblo elevándolo á una soberanía que es incapaz de ejercer. Cuando uno es llamado á regenerar un estado, ha de seguir principios diametralmente opuestos; debe buscar en la historia las ventajas é inconvenientes de las varias legislaciones; esto es lo que no deben perder de vista los magistrados de un grande imperio; siguiendo el ejemplo de los presidentes Harlay y Molé, deben hallarse dispuestos siempre á defender al soberano, el trono y las leyes. La más hermosa muerte sería la de un soldado que cae en el campo del honor, si la muerte de un magistrado que muere en defensa del soberano, el trono y las leyes, no fuese aún más gloriosa... Pero, muy al contrario,—añadió, exaltándose, hay magistrados pusilánimes que permanecen constantemente por debajo de su deber.

Y, volviéndose de repente hacia Cambacérés:

—Veamos, vos que sois amigo mío,—dijo.—¿Qué ha ocurrido aquí?

Cambacérés vió crecer la oleada; había comprendido á qué tendía aquella marea de palabras, y comprendió que se trataba de la conjura de Malet, cuya noticia, recibida en Korytnia, había preocupado tanto al emperador.

—¿V. M. desea detalles?—preguntó Cambacérés.

—Sí; veamos: decídmelo todo,—asintió el emperador, sentándose.

—¿V. M. conocía á Malet?

—No... de vista solamente; una vez lo divisé y me dijeron: «Aquél es el general Malet.» Sabía que pertenecía á la sociedad de los Filadelfios, grande amigo de Oudet, que fué muerto en Wagram; muerte que no ha faltado quién me la atribuyera... En 1808, mientras yo estaba en España, ese Malet había conspirado ya contra mí; podía fusilarle entonces —tenía, gracias á Dios, muchas pruebas para ello—; pero, ¿qué queréis?, tengo horror á la sangre... Ese chiquillo Staps, quiso morir él; yo le había hecho gracia. ¡Creen que pueden matarme fácilmente, los insensatos! Pero volvamos á nuestro hombre... Estaba en una casa de salud á donde yo permití que le trasladaran... Ya veis, Cambacérés, ¿esto es lo que se logra hablándome siempre de clemencia! ¡Parezco un tirano cruel! ¿Dónde estaba esa casa de salud?

—En la barrera del Trono, señor.

—¿Cómo se llama el propietario?

—El doctor Dubuisson.

—¿Amigo ó enemigo?

—¿El doctor?

—Sí. Os pregunto si estaba comprometido en la conspiración.

—¡Ah! ¡Dios poderoso, pobre hombre! Ni siquiera lo sospechaba.

—Pero ¿abrió la puerta?

—¡Ah, no! Malet saltó por encima del muro.

—¿Solo?

—Con un abate Lafon, bordelés; llevaban una cartera llena de órdenes, de decretos, de proclamas. Dos cómplices les esperaban en la calle: Boutreux, un preceptor, y Rateau, un cabo.

—¿Y esos bellacos se han permitido representar, el

uno el papel de prefecto de policía, y el otro el de ayudante?

—Sí, señor.

—Me parece que había también otro cura... ¡Oh, los curas! ¡Sin embargo, he hecho mucho por ellos!

—Ese era español.

—Entonces, ya no me sorprende...

—Era un antiguo compañero de prisión de Malet; vivía en la plaza Real. En su casa estaban guardados las armas y el uniforme de general, una faja de edecán y un cinturón de comisario de policía...

—¡Lo habían previsto todo!—exclamó Napoleón con impaciencia.—¿Y después?

—Malet, una vez vestido y armado, fué á llamar á la puerta del cuartel Popincourt, haciéndose anunciar al coronel bajo el nombre de general Lamotte...

—¡De modo que tales cosas pueden hacerse bajo un nombre supuesto, ignorado, desconocido! ¿Y el coronel?

—El coronel, señor, estaba en cama, enfermo de fiebre; el general Malet le abordó con estas palabras: «¡Ea, coronel! Ocurren novedades: ¡Bonaparte ha muerto!»

—¡Bonaparte!—repitió Napoleón.—Sí: para ciertas gentes ¡soy siempre Bonaparte! ¿De qué me hubieran servido, pues, catorce años de éxitos, el 18 brumario, la consagración, mi alianza con la casa más antigua de Europa, si el día en que el primero á quien se le ocurra decir: «¡Bonaparte ha muerto!», todo quedara terminado?... ¡Bonaparte ha muerto! ¿Qué se hacía entonces de Napoleón II? ¿Me parece que Napoleón II estaba vivo?

—Señor,—respondió Cambacérès,—ya sabéis lo que es el soldado: ve una orden y no la discute: obedece.

—Sí; pero ¿cuando la orden es falsa...?

—El coronel la creyó verdadera. Llamó á su estado mayor; el general Lamotte volvió á leer la orden; se reunió la cohorte y se puso á disposición de Malet. Con aquella cohorte, que no posee un cartucho, que tiene los pedernales de madera en los fusiles, según se usa en el ejercicio, Malet se dirige á la Fuerza, manda abrir las puertas, llama á un corso apellidado Broccheciampi...

—¿Un corso?—interrumpió Napoleón.—¡Estoy seguro de que no le han engañado! ¿Y después?

—Y después á los generales Lahorie y Guidal.

—¡Guidal! Otro á quien podía hacer juzgar por un con-

sejo de guerra, y enviar á Tolón! Sus relaciones con los ingleses eran flagrantes.

—Sí, sin duda; pero en lugar de enviarlo allí, le entregan una credencial de senador; y á Lahorie se le entrega un nombramiento de ministro de la Policía, y la orden de detener á su predecesor Rovigo.

—Ese,—prosiguió Napoleón, con aquel sentimiento exacto de justicia que podía equivocarse alguna vez, pero que estaba encarnado en su carácter;—ese podía engañarse: despertado á las cuatro de la madrugada, libertado por la fuerza armada, tenía excusa... Veamos, Cambacérès, veamos en qué para todo esto.

—Aquí, señor, la acción se divide: mientras que el nuevo ministro de Policía manda arrestar al anterior, Malet empieza por expedir un ordenanza al cuartel Babilonia, con un paquete dirigido á los subtenientes que viven en el cuartel; aquel paquete contenía copias de los decretos, y la orden de relevar, con una compañía nueva, los cuerpos de guardia de la Bolsa, del Tesoro, del Banco y de las Barreras.

—¿Quién era el coronel de ese regimiento?—preguntó Napoleón.

—El coronel Rabbe.

—¿Se habrá resistido?

—Se dejó engañar como el coronel Soulié, señor, y obedeció.

Napoleón batió las manos una contra otra.

—Seguid,—murmuró.—¡Veamos, veamos!

—Durante aquel tiempo, Lahorie se dirigió al palacio de la Policía general, después de haber destacado á Bou-treux hacia la prefectura; el prefecto fué arrestado y conducido á la Fuerza...

—¿Al calabozo de Guidal?... ¡Bien hecho! ¿Por qué se dejaba arrestar?

—Sin embargo, señor, en medio del tumulto, el barón Pasquier tuvo tiempo de despachar un mensajero al duque de Rovigo; pero el mensajero no pudo penetrar hasta él. Lahorie iba de prisa, y entraba hundiendo las puertas: acababa de hundir la del gabinete del ministro, cuando éste en persona apareció en la puerta de enfrente.

—Pero ¿Lahorie y Rovigo no eran amigos? No recuerdo en qué circunstancia Rovigo me había recomendado á aquel hombre.

—Señor, se tuteaban; y tuteándole, el ministro Lahorie le gritó: «¡Ríndete, Savary! Eres mi prisionero; no quiero hacerte daño alguno».

—¿Y Savary?

—Quiso resistirse, señor; Savary, ya lo sabéis, no es un hombre á quien se pueda prender fácilmente; pero Lahorie grita: «¡Cogedle!», y diez hombres se echan sobre el ministro, que estaba sin armas, y Guidal le conduce rugiendo á la Fuerza.

—¡Seguid, seguid! Os escucho.

—Mientras tanto, Malet, introducido en casa del conde Thellin, comandante de París, le detuvo por orden del ministro de Policía, y á la primera observación que el conde de Thellin le hizo, le derribó de un pistoletazo en la mandíbula. De allí, pasó á casa del ayudante general Doucet, jefe de Estado Mayor, anunciándole que el nuevo gobierno le mantenía en sus funciones, y le trazó la conducta que había de seguir. De pronto, un hombre se adelanta, é interrumpiendo al orador en medio de su discurso: «Vos no sois el general Lamotte,—le dijo;—¡vos sois el general Malet! Ayer, tal vez esta misma noche, erais prisionero de Estado».

—¡Por fin! ¡Ya salió uno! —exclamó Napoleón.—¿Y se llama...?

—El ayudante de plaza Laborde, jefe de policía militar... Entonces, Malet, saca otra pistola, y va á disparar contra Laborde; cuando el general le detiene el brazo y empuja fuera á Laborde. Este, al salir, encuentra á Pâques, inspector general del ministerio, que viene para ponerse de acuerdo con el ayudante de plaza sobre el traslado de Guidal á Tolón. Con gran sorpresa, Pâques se entera por Laborde de que Guidal es senador, Lahorie, ministro de Policía, Boutreux, prefecto, y que el general Thellin ha sido herido gravemente por un pistoletazo que le ha disparado el general Malet, jefe del gobierno provisional... Cinco minutos después, gracias á Laborde y á Pâques, Malet era preso á su vez, y se arrestaba á Lahorie, que, con extremada buena fe, no podía comprender por qué se le arrestaba. Guidal no fué preso hasta la noche; Boutreux, ocho días después.

—Y ¿qué queda ahora de todo ello?

—Queda el coronel Rabbe, que ha obtenido un sobreseimiento, y el cabo Rateau, cuyo tío es procurador general en Burdeos.

—¿Y los demás?

—¿Los demás?

—Sí; los conspiradores.

—Los tres generales, el coronel Soulié, el comandante Piquerel, cuatro oficiales de sus cuerpos y dos del regimiento de París, fueron fusilados el 20 de octubre.

Napoleón permaneció un momento pensativo; luego, con cierta vacilación:

—Y ¿cómo murieron?—prosiguió, clavando en Cambacérés una mirada que quería decir: «Te pido la verdad».

—Bien, señor, y tal como conviene á los militares, aunque sean culpables: Malet, rebosando ironía, pero también convicción; los demás, tranquilos, firmes, pero sorprendidos por ir al suplicio con un hombre y por un complot que no conocían.

—Y ¿habéis creído que debíais permitir una tal ejecución, señor archicanciller?

—Creí necesario —tan grande fué el crimen— reclamar una rápida justicia.

—Tal vez tengáis razón... según vuestro punto de vista.

—¿Según mi punto de vista, señor?

—Sí, de archicanciller; es decir, de alto justiciero; pero según mi punto de vista...

Napoleón se detuvo.

—Perdonad, señor,—dijo Cambacérés, insistiendo por conocer el pensamiento de Napoleón.

—Pues bien: según mi punto de vista,—repitió el emperador,—es decir, desde el punto de vista político, yo hubiera obrado de otra manera.

—Señor...

—Digo yo, no vos, mi querido Cambacérés.

—Entonces, ¿V. M. hubiera hecho gracia?

—A todos los cómplices, por haber creído obedecer órdenes superiores.

—¿Y á Malet?

—Malet, es otra cosa: ¡le hubiera mandado encerrar en Charenton por loco!

—¿De manera que el coronel Rabbe y el cabo Rateau...?

—Que sean puestos en libertad mañana mismo, ¡mi querido Cambacérés! Que se sepa de este modo que he regresado á París.

Después, con un ademán de familiaridad con que Napoleón honraba solamente á sus íntimos:

—¡Buenas noches, mi querido archicanciller!—dijo.—
¡Hasta mañana, en el Consejo de Estado!

Y recapacitando, murmuró:

—Lahorie, Lahorie... ¡un ex ayudante de Moreau! No me sorprendería que Moreau estuviera haciendo cruceros por delante el Havre con la flota inglesa.

Sólo se equivocaba de un año: el año siguiente, Moreau dejaba la América para venir á hacerse cortar ambas piernas por una bala francesa, ante Dresde.

El 1.º de mayo de 1813, según anunció á sus mariscales al salir de Smorgony, el emperador se hallaba en la llanura de Lutzen, al frente de un ejército de trescientos mil hombres.

Tendría quinientos mil, si Prusia no le hubiese abandonado, y si el Austria no estuviese dispuesta á hacerle traición.

No es, pues, culpa suya ni de Francia si cuenta con doscientos mil hombres menos de los que había prometido.

El 29 de abril empiezan á oírse los primeros cañonazos.

El 2 de mayo, la victoria de Lutzen le hace dueño de toda la orilla izquierda del Elba, ¡desde Bohemia hasta Hamburgo!

XVIII

El camino del destierro

El sábado 23 de septiembre de 1815, un buque de alto bordo, que ostentaba en su popa el pabellón inglés, y en el palo mayor el pabellón de almirante, atravesaba la línea por 0º de latitud, 0º de longitud y 0º de declinación; procedía de Europa, y por el rumbo que seguía, dirigíase, al parecer, á la América del Sud ó á la India.

Era día de *gran barba*, como dicen los ingleses; por esto había fiesta á bordo.

Aquella fiesta, celebrada en semejante circunstancia en todos los buques de las naciones civilizadas, era la de *maese Trópico*; únicamente que, siendo la misma en el fondo para todas las marinas, cambiaba en la forma.

A bordo del buque inglés, como siempre, el mando parecía interrumpido y entregado á la tripulación, la cual, por voto unánime, lo había conferido al marinero más viejo, quien, armado de tridente, adornado con una larga

barba, y con la frente ceñida por dorada corona de papel, estaba sentado en un trono erigido al pie del palo mayor.

Allí, Su Majestad Tropical se hacía presentar á todos los que pasaban la línea por primera vez, les hacía embadurnar la cara con alquitrán, les hacía pasar por las mejillas y barba una gigantesca navaja de hojadelata, y cuando estaban bien afeitados, á un signo suyo, un inmenso tonel de cerveza, que en magnitud nada tenía que envidiar al famoso tonel de Heidelberg, vertía sobre la cabeza del paciente, con un movimiento de balanceo, una ducha de agua salada.

Con lo cual quedaba hecha la barba, y el pasajero, oficial ó marinero remojado podía ponerse á secar al sol del ecuador, en tanto el secretario del dios Neptuno extendía un certificado en el que constaba que había satisfecho el peaje á *maese Trópico*.

En medio de la ceremonia, un oficial francés apareció de pronto en el puente y, aproximándose al dios Neptuno:

—Majestad,—le dijo en buen inglés,—ahí van cien monedas de oro de parte del emperador Napoleón.

—¿El emperador Napoleón?—dijo el dios.—No le conozco: no conozco más que al general Bonaparte.

—¡Como queráis!—dijo sonriendo el oficial.—Olvido siempre que el general Bonaparte ha sido diez años emperador... Me corrijo, pues, y digo: Majestad, aquí van cien napoleones que os envía el general Bonaparte.

—¡Así ya es otra cosa!—dijo el dios, tendiendo su anchurosa mano.

Pero una mano blanca, fina, aristocrática, se interpuso entre la mano del oficial francés y la del marinero inglés, y tomó los napoleones, diciendo:

—Dadme esta bolsa, general; creo más prudente repartirla esta noche.

El dios Neptuno refunfuñó entre su gran barba de virutas; pero se sometió, y la ceremonia de la *gran barba* iba á proseguir, cuando un marinero gritó:

—¡Ojo! A popa ¡un tiburón!

—¡Al tiburón, al tiburón!—gritaron todos.

Y el dios Neptuno, abandonado, se levantó del trono y se fué, como los demás, á ver lo que pasaría en la popa.

Con permiso del almirante, los marineros se instalaron en la popa, reservada, como es sabido, á los oficiales superiores.

Uno de ellos cebó, con una gran tajada de tocino, un